

Michael
Connelly

ADVERTENCIA RAZONABLE

Traducido del inglés por Javier Guerrero Gimeno

Título original: *Fair Warning*

Esta edición ha sido publicada por acuerdo con
Little, Brown & Company, New York, NEW YORK,
USA. Todos los derechos reservados

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2020 by Hieronymus, Inc.

© de la traducción: Javier Guerrero Gimeno, 2021

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2021

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-1362-229-3

Depósito legal: M. 9.045-2021

Printed in Spain

A Tim Marcia, detective.
Muchas gracias por tu servicio
a la ciudad de Los Ángeles

«¿Quién no siente al mismo tiempo repulsión
y atracción por un acto diabólico?»

DAVID GOLDMAN,
Our Genes, Our Choices

Prólogo

Le gustó el coche. Ella nunca había estado en un coche eléctrico. Lo único que oía era el viento mientras surcaban la noche.

—¡Qué silencioso! —exclamó.

Solo dos palabras arrastradas. El tercer Cosmopolitan le había enredado la lengua.

—No lo oyes llegar —dijo el hombre que iba al volante—. Eso seguro.

Miró a la mujer y sonrió, pero ella pensó que solo la estaba observando porque se le habían atascado las palabras.

Él se volvió entonces y señaló con la cabeza hacia el parabrisas.

—Ya hemos llegado —dijo—. ¿Hay aparcamiento?

—Puedes aparcar detrás de mi coche —dijo ella—. Tengo dos plazas en el garaje, pero están... una detrás de otra. En tótem, me parece que lo llaman.

—¿Tándem?

—Ah, sí, sí. Tándem.

La mujer empezó a reírse de su propio error, una risa contagiosa que no podía parar. Los Cosmos otra vez. Y las gotas de tintura de cannabis que había tomado antes de salir esa noche en el Uber.

El hombre bajó su ventanilla y el aire fresco del atardecer invadió la comodidad del coche.

—¿Te acuerdas de la combinación? —preguntó.

Tina se enderezó en el asiento para poder echar un vistazo a su alrededor y orientarse. Reconoció que ya estaban ante la puerta del garaje de su apartamento. Eso la sorprendió. No recordaba haberle contado dónde vivía.

—¿La combinación? —preguntó otra vez el hombre.

El teclado numérico estaba en la pared, al alcance del conductor si bajaba la ventanilla. Tina se dio cuenta de que conocía la combinación para abrir la puerta, pero en cambio no recordaba el nombre del hombre que había elegido llevar a casa.

—Cuatro, seis, ocho, dos, cinco.

Mientras él marcaba los números, ella trató de no reír otra vez. Algunos hombres no soportaban eso.

Entraron en el garaje y Tina le señaló el lugar donde podía aparcar, detrás de su Mini. Poco después estaban en el ascensor; ella pulsó el botón correcto y se inclinó hacia él para no caerse. Él la rodeó con un brazo y la levantó.

—¿Tienes algún apodo? —preguntó Tina.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cómo te llama la gente? En plan de broma.

Él negó con la cabeza.

—Supongo que me llaman por mi nombre —dijo.

Eso no ayudaba. Tina lo dejó estar. Podría averiguar su nombre después, pero la verdad era que probablemente no lo necesitaría. No habría un después. Casi nunca lo había.

La puerta se abrió en el tercer piso y Tina salió al pasillo con él. Su apartamento estaba dos puertas más allá.

El sexo estuvo bien, pero no fue extraordinario. La única cosa inusual fue que él no protestó cuando le pidió que usara un condón. Incluso se había traído el suyo. Bravo por eso, pero todavía pensaba que no habría una segunda vez. La búsqueda de ese algo indescribible que llenaría el vacío que sentía en su interior continuaría.

Después de tirar el condón al inodoro, el hombre volvió a la cama con ella. Tina se esperaba una excusa —que tenía que empezar

a trabajar temprano, que su mujer lo esperaba en casa..., cualquier cosa—, pero él quiso volver a la cama y abrazarla. Se colocó bruscamente detrás de ella de tal forma que su espalda quedó contra su pecho. El hombre se había depilado y Tina notó que el vello que empezaba a salir le pinchaba la espalda.

—Sabes...

No siguió adelante con su queja. Él maniobró de forma que Tina quedó completamente boca arriba encima de él. Ese pecho era como papel de lija. El hombre levantó el brazo desde atrás y lo dobló para formar una V. Luego usó la otra mano para meter el cuello de Tina en la V. Apretó los brazos y ella sintió que las vías respiratorias se le cerraban. No podía gritar para pedir ayuda. No tenía aire para producir ningún sonido. Se debatió, pero tenía las piernas enredadas en las sábanas y él era demasiado fuerte. Le sujetaba el cuello como un tornillo de banco.

La oscuridad empezó a nublarle el campo de visión a Tina. Él levantó la cabeza y acercó la boca a su oreja.

—La gente me llama el Alcaudón —susurró.

Jack

Había titulado el artículo «El Rey de los Timadores». Al menos eso fue lo que escribí en la primera línea, pero estaba convencido de que lo cambiarían, porque entregar un artículo con un titular era pasarme de la raya como reportero. El título y el subtítulo en sumario eran ámbito del director, y ya podía oír a Myron Levin reprendiéndome: «¿Acaso el director reescribe tus entradillas o llama a los protagonistas de tus artículos para hacerles más preguntas? No, no lo hace. Se limita a hacer su trabajo y eso significa que tú has de limitarte a hacer el tuyo».

Como Myron era ese director, sería difícil replicarle en mi defensa. Aun así, envié el artículo con el titular propuesto porque era perfecto. La pieza retrataba el oscuro submundo del negocio del cobro de deudas —del cual seiscientos millones al año se sustraían en timos— y la regla en *Fair Warning* era poner cara a cada fraude, fuera la del depredador o la de la presa, la de la víctima o la del victimario. Y esta vez se trataba del depredador. Arthur Hathaway, el Rey de los Timadores, era el número uno. A sus sesenta y dos años se había pasado la vida delinquiendo en Los Ángeles, llevando a cabo todo tipo de estafas imaginables, desde vender lingotes de oro falsos hasta crear webs que simulaban recaudar fondos para víctimas de catástrofes. Su última estafa consistía en convencer a la gente de que debía un dinero que en realidad no debía y conseguir que lo pagaran. Y era tan bueno que estafadores novatos le pagaban por lecciones

que impartía los lunes y los miércoles en un antiguo estudio de interpretación de Van Nuys. Yo me infiltré como estudiante y aprendí todo lo que pude. Y había llegado el momento de escribir el artículo y usar a Arthur para denunciar una industria que cada año estafaba millones de dólares a cualquiera, desde ancianitas con cuentas bancarias menguantes hasta jóvenes profesionales que ya estaban hasta el cuello de deudas por el préstamo universitario. Todos mordían el anzuelo y enviaban su dinero, porque Arthur Hathaway los convencía. Y encima estaba enseñando a hacerlo a once futuros estafadores y un periodista infiltrado a cincuenta pavos por cabeza dos veces a la semana. La escuela de estafadores podría ser la mayor estafa de todas. El tipo era un auténtico rey y no mostraba ni un ápice de sentimiento de culpa, cual psicópata. Mi trabajo también informaba de la historia de las víctimas a las que Hathaway les había vaciado la cuenta bancaria y arruinado la vida.

Myron ya había colocado el artículo como un proyecto de colaboración con *Los Angeles Times*, y eso garantizaba visibilidad y que el Departamento de Policía de Los Ángeles tendría que tomar nota. El reinado del rey Arturo terminaría pronto y los aprendices de estafadores de su mesa redonda no tardarían en caer en una redada.

Leí el artículo una última vez y se lo envié a Myron, con copia a William Marchand, el abogado que revisaba *ad honorem* todos los artículos de *Fair Warning*. No colgábamos nada en el sitio web sin que estuviera blindado desde el punto de vista legal. *Fair Warning* era una empresa de cinco personas si contábamos a la periodista de Washington D. C., que trabajaba desde su casa. Un «artículo desafortunado» que nos condujera a perder un pleito o a un acuerdo forzado nos llevaría a la quiebra y entonces yo volvería a ser lo que había sido al menos dos veces antes en mi carrera: un periodista sin ningún sitio al que ir.

Me levanté de mi cubículo para decirle a Myron que por fin había enviado el artículo, pero él estaba al teléfono en su propio cubículo y

al acercarme me di cuenta de que se trataba de una llamada de recaudación de fondos. Myron era fundador, director, periodista y principal recaudador de fondos para *Fair Warning*, un sitio web de noticias sin barrera de pago. Había un botón de donación al pie de cada artículo y en ocasiones arriba, pero Myron siempre estaba buscando al gran mecenas que nos patrocinaría y nos sacaría de la mendicidad para permitirnos elegir; al menos durante un tiempo.

—Realmente no hay ninguna entidad que haga lo que estamos haciendo nosotros: periodismo combativo en pro del consumidor —le dijo Myron al potencial donante—. Si revisa nuestra web, verá en los archivos muchos artículos en los que nos enfrentamos a grandes industrias, como las del automóvil, farmacéuticas, compañías de telefonía y tabacaleras. Y con la filosofía de la Administración actual de desregulación y vigilancia limitada no hay nadie que cuide del débil. Mire, lo entiendo, sé que podría hacer donaciones que darían más visibilidad a su dinero. Veinticinco dólares al mes alcanzan para alimentar y vestir a un niño en los Apalaches. Eso lo entiendo. Le hace sentirse bien. Pero, si dona a *Fair Warning*, estará ayudando a un equipo de periodistas consagrado a...

Oía el «discursito» varias veces al día, uno sí y otro también. Y además asistía a encuentros literarios donde Myron y miembros de la junta hablaban con potenciales contribuyentes altruistas y yo departía con ellos después, mencionando los artículos en los que estaba trabajando. Yo tenía un caché extra en esas reuniones por ser el autor de dos libros superventas, aunque nunca se mencionaba que habían pasado más de diez años desde la última vez que había publicado algo. Sabía que el discursito era importante y vital para mi propia nómina —no es que estuviera ganando nada que se acercara a un sueldo apropiado para vivir en Los Ángeles—, pero lo había oído tantas veces en mis cuatro años en *Fair Warning* que podía recitarlo en sueños. Y del revés.

Myron dejó de escuchar a su potencial inversor y silenció el teléfono antes de mirarme.

—¿Lo has mandado? —preguntó.

—Ahora mismo —dije—. También a Bill.

—Vale, lo leeré esta noche y hablamos mañana si hay algo.

—Está listo. Hasta tiene un buen titular. Solo tienes que redactar el subtítulo.

—Más te vale...

Reactivó el micrófono del teléfono para poder responder una pregunta. Yo me despedí y me dirigí hacia la puerta, parando junto al cubículo de Emily Atwater al salir para decirle adiós. Era la única periodista aparte de mí que se encontraba en la redacción en ese momento.

—Adiós —dijo con su marcado acento británico.

Trabajábamos en una oficina situada en el típico centro comercial de dos plantas, en Studio City. En la planta baja, todo eran tiendas y restaurantes, mientras que la primera planta estaba ocupada por establecimientos abiertos al público, como compañías de seguros de coches, servicios de manicura y pedicura, yoga o acupuntura. Excepto nosotros. *Fair Warning* no era un negocio abierto al público, pero la oficina era barata porque estaba situada encima de un dispensario de marihuana y la ventilación en el edificio era tan mala que llevaba el aroma del producto fresco al interior de nuestra oficina a todas horas. Myron la había alquilado con un gran descuento.

El centro comercial tenía forma de L y contaba con un aparcamiento con cinco espacios asignados a los empleados y visitantes de *Fair Warning*. Era una gran ventaja. Aparcar en la ciudad siempre resultaba complicado. Y un aparcamiento cubierto suponía un beneficio todavía mayor para mí, porque en la soleada California rara vez le ponía la capota al jeep.

Había comprado el Wrangler nuevo con el anticipo de mi último libro y el cuentakilómetros servía para recordarme cuánto tiempo había pasado desde que compraba coches nuevos y aparecía en las listas de libros más vendidos. Lo verifiqué al encender el motor. Me había desviado 260 931 kilómetros de mi camino.

Vivía en Sherman Oaks, en Woodman Avenue, junto a la autovía 101, en un edificio de apartamentos de la década de 1980 de estilo Cape Cod, compuesto por veinticuatro viviendas que formaban un rectángulo en cuyo interior había un patio con una piscina comunitaria y una zona de barbacoa. También tenía un aparcamiento subterráneo.

La mayoría de los edificios de apartamentos de Woodman hacían gala de nombres como Capri, Oak Crest y similares. Mi edificio no tenía nombre. Me había mudado allí hacía un año y medio, después de vender el apartamento que había comprado con el anticipo del libro. Los cheques por los derechos de autor habían ido reduciéndose año tras año y me hallaba en el proceso de reorganizar mi vida para vivir con las nóminas de *Fair Warning*. Era una transición difícil.

Mientras esperaba en el empinado sendero de entrada a que se abriera la puerta del garaje, me fijé en dos hombres de traje que permanecían junto al interfono en la entrada del complejo. Uno era blanco y de unos cincuenta y cinco años, y el otro, un par de décadas más joven y de origen asiático. Una ráfaga de viento le abrió la americana al hombre asiático y vislumbré una placa en su cinturón.

Entré en el garaje sin perder de vista el retrovisor. Los dos hombres me siguieron por la rampa. Aparqué en mi plaza y paré el motor. En lo que tardé en coger la mochila y salir, estaban esperándome detrás del jeep.

—¿Jack McEvoy?

Le habían dado bien el nombre, pero lo había pronunciado mal.

—Sí, McEvoy —dije, corrigiéndolo: «Mack-a-voy»—. ¿Qué ocurre?

—Soy el detective Mattson, del Departamento de Policía de Los Ángeles —dijo el mayor de los dos—. Y mi compañero, el detective Sakai. Tenemos que hacerle unas preguntas.

Mattson se abrió la americana para mostrar que él también tenía una placa y la pistola correspondiente.

—Vale —dije—. ¿Sobre qué?

—¿Podemos subir a su casa? —preguntó Mattson—. ¿A algún sitio más privado que un garaje?

—Supongo que sí —dije—. Síganme. Normalmente subo por la escalera, pero, si quieren ir por el ascensor, está al fondo.

Señalé al extremo del garaje. Mi jeep estaba aparcado en medio y justo frente a la escalera que conducía al patio central.

—Por la escalera está bien —dijo Mattson.

Me dirigí hacia allí y los detectives me siguieron. Durante todo el camino hasta la puerta de mi apartamento, estuve tratando de pensar como lo que soy, periodista. ¿Qué había hecho para atraer la atención del Departamento de Policía de Los Ángeles? Aunque los periodistas de *Fair Warning* disponíamos de mucha libertad para investigar historias, había una división general del trabajo, y las estafas y tramas criminales formaban parte de mi terreno, junto con los artículos relacionados con Internet.

Empecé a preguntarme si el artículo de Arthur Hathaway había interferido con una investigación policial del estafador, y si Mattson y Sakai estaban a punto de pedirme que no lo publicara. Pero, en cuanto pensé en esa posibilidad, la descarté. De haber sido ese el caso, habrían venido a mi oficina, no a mi casa. Y probablemente habrían empezado con una llamada telefónica, no presentándose en persona.

—¿De qué unidad son? —pregunté al cruzar el patio hacia el apartamento 7, al otro lado de la piscina.

—Trabajamos en la central —dijo Mattson con reticencia, pero su compañero permaneció en silencio.

—De qué unidad criminal, quiero decir.

—División de Robos y Homicidios —dijo Mattson.

No escribía sobre el Departamento de Policía de Los Ángeles *per se*, pero lo había hecho en el pasado. Sabía que las brigadas de elite trabajaban en la comisaría central, en el centro de la ciudad, y Robos y Homicidios era la elite de la elite.

—Entonces, ¿de qué estamos hablando? —dije—. ¿Robo u homicidio?

—Entremos antes de empezar a hablar —dijo Mattson.

Llegué a la puerta de mi casa. Su no respuesta parecía inclinar la balanza hacia el homicidio. Tenía las llaves en la mano. Antes de abrir la puerta, me volví y miré a los dos hombres que estaban de pie detrás de mí.

—Mi hermano era detective de homicidios —comenté.

—¿En serio? —dijo Mattson.

—¿En Los Ángeles? —preguntó Sakai, sus primeras palabras.

—No —dije—. En Denver.

—Bien por él —dijo Mattson—. ¿Está jubilado?

—No exactamente. Lo mataron en acto de servicio.

—Lamento oír eso —dijo Mattson.

Asentí y me volví hacia la puerta para abrirla. No estaba seguro de por qué había soltado eso sobre mi hermano. No era algo que normalmente compartiera. La gente que conocía mis libros lo sabía, pero no lo mencionaba en conversaciones cotidianas. Había ocurrido hacía mucho tiempo, en lo que parecía otra vida.

Abrí la puerta y entramos. Encendí la luz. Tenía uno de los apartamentos más pequeños del complejo. La planta inferior era diáfana, con una sala de estar que se juntaba con una pequeña zona de comedor y, detrás, la cocina, separada solo por una encimera con fregadero. A lo largo de la pared de la derecha había una escalera que conducía a un *loft*, que era mi dormitorio. Había un cuarto de

baño completo arriba y un aseo en la planta baja, debajo de la escalera. Menos de cien metros cuadrados en total. La casa era bonita y ordenada, pero solo porque estaba amueblada con austeridad y con escasos toques personales. Había convertido la mesa del comedor en una zona de trabajo, con una impresora a la cabecera. Todo estaba listo para ponerme a trabajar en mi siguiente libro y había estado así desde que me había mudado.

—Bonita casa. ¿Lleva mucho tiempo aquí? —preguntó Mattson.

—Alrededor de un año y medio —dije—. Puedo preguntarle de qué...

—¿Por qué no se sienta en el sofá?

Mattson señaló el sofá que estaba posicionado para ver la pantalla plana instalada en la pared, sobre una chimenea de gas que nunca usaba.

Había otras dos sillas delante de una mesita de café, pero estaban tan raídas y gastadas como el sofá después de haber pasado décadas en mis anteriores hogares. El declive de mi fortuna se reflejaba en mi alojamiento y en mi vehículo.

Mattson miró las dos sillas, eligió la que parecía más limpia y se sentó. Sakai, el estoico, permaneció de pie.

—Bueno, Jack —dijo Mattson—. Estamos investigando un homicidio y ha surgido su nombre y por eso estamos aquí. Tenemos...

—¿A quién han matado? —pregunté.

—A una mujer llamada Christina Portrero. ¿La conocía?

Recorrí todos mis circuitos cerebrales a alta velocidad y no di con nada.

—No, no lo creo. ¿Cómo surgió mi nombre...?

—Se hacía llamar Tina, ¿eso le ayuda?

Una vez más, recorrí los circuitos. Encontré el nombre. Oírlo completo de dos detectives de homicidios me había desconcertado y me había sacado de la cabeza el reconocimiento inicial.

—Oh, espere, sí, conocí a una Tina, Tina Portrero.

—Pero acaba de decir que no conocía el nombre.

—Lo sé. Es solo que, de buenas a primeras, no me hizo conexión. Pero sí, nos vimos una vez.

Mattson no dijo nada. Se volvió e hizo una señal de asentimiento a su compañero. Sakai se adelantó y me mostró su teléfono. En la pantalla había una foto de una mujer de cabello oscuro y ojos aún más oscuros. Estaba muy morena y aparentaba unos treinta y cinco años, pero sabía que estaba más cerca de los cuarenta y cinco. Asentí.

—Es ella —dije.

—Bien —dijo Mattson—. ¿Cómo se conocieron?

—Al final de esta calle hay un restaurante que se llama Mistral. Me mudé aquí desde Hollywood, no conocía a nadie y estaba tratando de conocer el barrio. Voy al Mistral a tomar una copa de vez en cuando, porque no tengo que preocuparme por conducir. La conocí allí.

—¿Cuándo fue eso?

—No puedo señalar la fecha exacta, pero creo que fue unos seis meses después de mudarme aquí. Así que hace un año más o menos. Probablemente un viernes por la noche. Normalmente voy allí los viernes.

—¿Tuvo relaciones sexuales con ella?

Debería haber anticipado la pregunta, pero me impactó inesperadamente.

—No es asunto suyo —dije—. Fue hace un año.

—Lo tomaré como un sí —dijo Mattson—. ¿Vinieron aquí?

Comprendía que Mattson y Sakai evidentemente sabían más que yo de las circunstancias del asesinato de Tina Portrero. Pero las preguntas sobre lo que había ocurrido un año antes parecían exageradamente importantes para ellos.

—Esto es una locura —dije—. Estuve con ella una vez y no surgió nada. ¿Por qué me hacen estas preguntas?

—Porque estamos investigando su asesinato —dijo Mattson—. Tenemos que saber todo lo que podamos de ella y sus actividades.

No importa cuánto tiempo haya pasado. Así que se lo voy a preguntar otra vez: ¿estuvo Tina Portrero en este apartamento?

Levanté las manos en un ademán de rendición.

—Sí —dije—. Hace un año.

—¿Se quedó a dormir? —preguntó Mattson.

—No, se quedó un par de horas y luego pidió un Uber.

Mattson no hizo una pregunta de seguimiento de inmediato. Me estudió un buen rato, como si tratara de decidir cómo proceder.

—¿Tiene alguna pertenencia de ella en este apartamento? —preguntó.

—No —protesté—. ¿Qué pertenencia voy a tener?

No hizo caso de mi pregunta y me planteó otra.

—¿Dónde estuvo el miércoles por la noche?

—¿Están de broma?

—No, no estamos de broma.

—¿A qué hora del miércoles por la noche?

—Pongamos entre las diez y las doce.

Sabía que había estado en el seminario de Arthur Hathaway sobre cómo estafar a la gente hasta las diez de la noche, el inicio de ese lapso. Pero también sabía que era un seminario para timadores y, por lo tanto, no existía. Si los detectives trataban de verificar esa parte de mi coartada, o bien no podrían confirmar que el seminario había existido, o no podrían encontrar a nadie que confirmara que yo estuve allí, porque eso equivaldría a reconocer su asistencia. Nadie querría hacer eso. Y menos después de que se publicara el artículo que acababa de entregar.

—Ah, iba en el coche entre las diez y las diez y veinte y luego estuve aquí.

—¿Solo?

—Sí. Mire, esto es una locura. Estuve con ella una noche hace un año y luego no mantuvimos el contacto. Los dos vimos que la cosa no iba a ninguna parte. ¿Entienden?

—¿Está seguro de eso? ¿Los dos?

—Estoy seguro. Nunca la llamé y ella nunca me llamó. Y nunca volví a verla en el Mistral.

—¿Y eso cómo lo hizo sentirse?

Me reí con incomodidad.

—¿Que cómo me hizo sentir el qué?

—Que no volviera a llamarlo.

—¿Ha oído lo que le he dicho? Yo no la llamé y ella no me llamó. Fue mutuo. No iba a ninguna parte.

—¿Ella estaba borracha esa noche?

—Borracha, no. Tomamos un par de copas allí. Yo la invité.

—¿Y aquí? ¿Más copas o directos al *loft*?

Mattson señaló la planta de arriba.

—No tomamos nada más aquí —dije.

—¿Y todo fue consentido? —dijo Mattson.

Me levanté. Ya había tenido suficiente.

—Mire, he respondido sus preguntas —dije—. Y están perdiendo el tiempo.

—Nosotros decidiremos si estamos perdiendo el tiempo —dijo Mattson—. Casi hemos terminado y le agradecería que volviera a sentarse, señor McEvoy.

Pronunció mal mi nombre de nuevo, probablemente a propósito. Me senté otra vez.

—Soy periodista, ¿vale? —dije—. He cubierto sucesos, he escrito libros sobre asesinos. Sé lo que están haciendo, están tratando de despistarme para que haga algún tipo de reconocimiento. Pero eso no va a ocurrir, porque no sé nada de esto. Así que, por favor...

—Sabemos quién es —dijo Mattson—. ¿Cree que habríamos venido aquí sin saber quién es? Es el tipo de *Velvet Coffin*, y, solo para que conste, trabajé con Rodney Fletcher. Era amigo mío y lo que le pasó fue una putada.

Ahí estaba. La causa de la enemistad que supuraba de Mattson como la savia de un árbol.

—*Velvet Coffin* cerró hace cuatro años —dije—. Sobre todo, por el artículo de Fletcher, que era preciso al cien por cien. Era imposible saber que iba a hacer lo que hizo. De todos modos, ahora estoy en otro sitio y escribo artículos en pro del consumidor. Ya no hago crónica policial.

—Me alegro. ¿Podemos volver a Tina Portrero?

—No hay nada a lo que volver.

—¿Qué edad tiene?

—Estoy seguro de que ya lo saben. ¿Qué importancia tiene eso?

—Parece mayor para ella. Para Tina.

—Era una mujer atractiva y mayor de lo que aparentaba o de la edad que decía tener. Me dijo que tenía treinta y nueve años cuando la conocí esa noche.

—Pero esa es la cuestión, ¿no? Era mayor de lo que aparentaba. Usted, un tipo de cincuenta y tantos, entrándole a una mujer de treinta y tantos. Un poco patético, en mi opinión.

Sentí que me ponía colorado de vergüenza e indignación.

—Para que conste, no le «entré» —dije—. Ella cogió su cosmo y se me acercó en la barra. Así es como empezó.

—Enhorabuena —dijo Mattson con sarcasmo—. Seguro que a su ego le dio un subidón. Volvamos al miércoles. ¿De dónde volvía esa noche, después de conducir esos veinte minutos que ha dicho?

—De una reunión de trabajo —dije.

—¿Con gente con la que podemos hablar y verificarlo si es necesario?

—Si llegamos a eso, sí. Pero están...

—Bien. Háblenos de Tina y usted.

Me di cuenta de lo que estaba haciendo. Dando saltos con sus preguntas, tratando de mantenerme en desequilibrio. Me había ocupado de noticias policiales durante casi dos décadas para dos periódicos diferentes y el blog *Velvet Coffin*. Sabía cómo funcionaba. Cualquier pequeña discrepancia en mi relato les daría lo que necesitaban.

—No, ya les he contado todo. Si quieren que siga hablando, tienen que darme información.

Los detectives se quedaron en silencio, aparentemente decidiendo si aceptaban. Me adelanté con la primera pregunta que se me ocurrió.

—¿Cómo murió? —pregunté.

—Le partieron el cuello —dijo Mattson.

—Dislocación atlanto-occipital —agregó Sakai.

—¿Qué demonios significa eso? —pregunté.

—Decapitación interna —dijo Mattson—. Alguien le giró el cuello ciento ochenta grados. Una forma horrible de morir.

Sentí que me crecía una fuerte presión en el pecho. No conocía a Tina Portrero más allá de la noche en que estuvo aquí, pero no podía quitarme de la cabeza la imagen de ella —refrescada por la foto que me había mostrado Sakai— siendo asesinada de esa forma horrible.

—Como en la película de *El exorcista* —insistió Mattson—. ¿Se acuerda de la niña poseída que giraba la cabeza?

Eso no me ayudó.

—¿Cuándo ocurrió? —pregunté, tratando de dejar atrás las imágenes.

—El casero la encontró en la ducha —continuó Mattson—. El cadáver tapaba el desagüe, el agua rebosó y el casero fue a ver. La encontró allí, con el grifo todavía abierto. Querían que pareciera que se había resbalado y se había caído, pero no coló. No resbalas en la ducha y te partes el cuello. No de esa manera.

Asentí como si fuera información interesante.

—Vale, miren —dije—. No tengo nada que ver con esto y no puedo ayudarles con su investigación. Así que, si no tienen más preguntas, me gustaría que...

—Hay más preguntas, Jack —dijo Mattson con severidad—. Solo estamos empezando con esta investigación.

—Entonces, ¿qué? ¿Qué más quieren saber de mí?

—Siendo periodista y tal, ¿sabe lo que es el acoso en la red?

—¿Se refiere a investigar a gente en las redes sociales?

—Yo hago las preguntas. Usted tiene que responderlas.

—Pues tiene que ser más concreto.

—Tina le dijo a una amiga que la estaban acosando en la red. Cuando su amiga le preguntó a qué se refería, ella dijo que un tipo al que había conocido en un bar sabía cosas de ella que no debería. Dijo que era como si lo supiera todo de ella antes incluso de empezar a hablarle.

—La conocí en un bar hace un año. Todo este asunto... Un momento. ¿Cómo sabían que podían venir aquí a hablar conmigo?

—Ella tenía su nombre en sus contactos. Y tenía sus libros en la mesita de noche.

No recordaba si hablé de mis libros con Tina la noche en que la conocí. Pero, como terminamos en mi apartamento, era posible que sí.

—Y sobre esa base vienen aquí como si yo fuera sospechoso.

—Cálmese, Jack. Sabe cómo funciona esto. Estamos llevando a cabo una investigación concienzuda. Así que volvamos al acoso. Para que conste, ¿se refería a usted con lo del acoso?

—No, no se refería a mí.

—Me alegro. Ahora, última pregunta por el momento: ¿estaría dispuesto a darnos voluntariamente una muestra de saliva para un análisis de ADN?

La pregunta me sobresaltó. Dudé. Empecé a pensar en la ley y en mis derechos y se me olvidó que no había cometido ningún crimen y por lo tanto mi ADN no podía estar en la escena del crimen del miércoles anterior, ni en forma de semen, ni de restos de piel ni nada.

—¿La violaron? —pregunté—. ¿Ahora también me están acusando de violación?

—Calma, Jack —dijo Mattson—. No hay signos de violación, pero digamos que tenemos algo de ADN del sospechoso.

Me di cuenta de que mi ADN era la forma más rápida de quitármelos de encima.

—Bueno, no fui yo, así que ¿cuándo quieren tomarme la muestra de saliva?

—¿Qué le parece ahora mismo?

Mattson miró a su compañero. Sakai buscó en el interior de la chaqueta de su traje y sacó dos tubos de test de quince centímetros con un tapón de goma rojo, cada uno con una torunda. Me di cuenta de que seguramente el único propósito de su visita era obtener mi ADN. Tenían el del asesino. También ellos sabían que sería la forma más rápida de determinar si había tenido alguna implicación en el asesinato.

Me parecía bien. Los resultados iban a decepcionarles.

—Hagámoslo —dije.

—Bien —dijo Mattson—. Y hay otra cosa que podríamos hacer que nos ayudaría con la investigación.

Debería haberlo sabido. Entreabres la puerta y ellos la abren del todo.

—¿Qué? —pregunté con impaciencia.

—¿Le importa quitarse la camisa? —dijo Mattson—. ¿Para que podamos examinarle los brazos y el torso?

—¿Por qué...?

Me detuve. Sabía lo que querían. Querían ver si tenía marcas de arañazos u otras heridas de una pelea. El ADN de la prueba probablemente se había obtenido de las uñas de Tina Portrero. Había plantado batalla y se había llevado una parte de su asesino.

Empecé a desabrocharme la camisa.